

UNIVERSIDAD TEOLÓGICA DEL CARIBE

RESUMEN

ESTE TRABAJO ES PRESENTADO AL

PROFESOR JULIO ORTIZ BAEZ

LOS REQUISITOS DEL CURSO HISTORIA DE LA IGLESIA

POR

GÉNESIS MONTAÑEZ RAMOS

SAINT JUST, P. R.

3 DE SEPTIEMBRE DE 2025

A lo largo de la Edad Media, la Iglesia vivió transformaciones profundas que marcaron su desarrollo teológico, espiritual y social. Las Cruzadas, emprendidas como intentos de detener el avance del Islam y recuperar territorios considerados santos, no solo tuvieron implicaciones políticas y militares, sino también consecuencias significativas para la Iglesia en su prestigio, relaciones con Oriente y su autoridad en Occidente. En este mismo período surgieron las órdenes mendicantes, cuya misión de pobreza y servicio renovó la vida eclesial, siendo San Francisco de Asís y los hermanos menores un ejemplo vivo de compromiso evangélico. Paralelamente, el pensamiento teológico alcanzó nuevos horizontes con figuras como Anselmo de Canterbury, quien fortaleció la reflexión sobre la fe y la razón, y Tomás de Aquino, que consolidó la escolástica como método integrador entre filosofía y teología. Finalmente, las reformas monásticas, tanto cluniacense como cisterciense, reflejaron la búsqueda de una vida más auténtica y fiel al ideal benedictino, aunque con énfasis distintos. Estas temáticas permiten comprender cómo la Iglesia medieval enfrentó desafíos internos y externos, al mismo tiempo que gestaba nuevas formas de espiritualidad y pensamiento que marcaron la historia del cristianismo. Las Cruzadas, iniciadas en el siglo XI con el propósito de frenar el avance del Islam y recuperar los Santos Lugares, tuvieron consecuencias muy variadas para la Iglesia. En un primer momento, despertaron un fuerte entusiasmo religioso en Europa y consolidaron la autoridad del papado, ya que los pontífices asumieron el liderazgo espiritual de estas campañas. También contribuyeron a abrir el mundo occidental al contacto con nuevas culturas, lo que enriqueció la vida intelectual y comercial. Sin embargo, las consecuencias negativas fueron profundas: las Cruzadas no lograron detener el avance musulmán de manera duradera, y en muchos casos quedaron marcadas por la violencia y la ambición política más que por la espiritualidad. Además, provocaron un deterioro irreparable en las relaciones entre la Iglesia de Oriente y la de Occidente, sobre todo después del saqueo de Constantinopla en la Cuarta Cruzada (1204). A nivel interno, la mezcla de intereses religiosos, económicos y militares llevó a un progresivo desgaste del ideal cristiano que las había inspirado, dejando a la Iglesia cuestionada en su credibilidad.

La Orden de los Hermanos Menores nació a inicios del siglo XIII bajo la inspiración de San Francisco de Asís (1181-1226), uno de los personajes más influyentes de la historia de la Iglesia medieval. Francisco, proveniente de una familia acomodada de comerciantes, experimentó una conversión radical tras renunciar a sus riquezas y comodidades, eligiendo vivir en absoluta pobreza y servicio. Su experiencia espiritual se fundamentaba en imitar a Cristo pobre y crucificado, abrazando un estilo de vida marcado por la humildad, el amor a la creación y el servicio a los más necesitados. El movimiento franciscano comenzó cuando un pequeño grupo de seguidores se unió a Francisco, compartiendo su ideal de vivir el Evangelio en sencillez. En 1209, el grupo obtuvo del papa Inocencio III la aprobación oral de su forma de vida, lo que dio inicio oficial a la Orden de los Hermanos Menores. Más adelante, en 1223, Honorio III aprobó definitivamente la regla franciscana. La característica central de la orden era la pobreza absoluta, tanto individual como comunitaria, junto con la predicación itinerante en las ciudades, llevando un mensaje de conversión, paz y fraternidad. El impacto de los franciscanos fue inmenso. A nivel espiritual, ofrecieron un testimonio renovador que contrastaba con la riqueza y el poder que en ocasiones marcaban a la Iglesia institucional. Su cercanía con la gente sencilla los convirtió en un puente entre la Iglesia y el pueblo. A nivel cultural, Francisco dejó un legado en la espiritualidad cristiana centrada en la alegría, el respeto por la naturaleza y la fraternidad universal, plasmada en oraciones como el “Cántico de las criaturas”. A nivel institucional, los franciscanos se expandieron rápidamente por Europa, y muchos de sus miembros llegaron a ser destacados teólogos y maestros en las universidades medievales. Anselmo de Canterbury (1033-1109), considerado el padre de la escolástica, aportó a la Iglesia medieval un nuevo modo de hacer teología basado en la armonía entre fe y razón. Su lema *fides quaerens intellectum* (“la fe busca entender”) resumía su convicción de que la razón no sustituye a la fe, sino que la profundiza y la explica. Entre sus aportaciones destacan el argumento ontológico para la existencia de Dios, donde sostiene que si concebimos a Dios como el ser mayor que todo lo que se puede pensar, necesariamente debe existir en la realidad; su teoría de la satisfacción de la expiación en *Cur Deus Homo*, que explicó la obra de Cristo como la única forma de reparar la deuda causada por el pecado humano al honor de Dios; y el establecimiento de un método teológico racional que sentó las bases de la escolástica posterior. Con ello, Anselmo abrió el camino para una reflexión más sistemática de la fe, influyendo profundamente en el pensamiento cristiano medieval, como lo señala Justo González en *Historia del Cristianismo*. Anselmo de Canterbury (1033-1109), considerado el padre de la escolástica, aportó a la Iglesia medieval un nuevo modo de hacer teología basado en la armonía entre fe y razón. Su lema *fides quaerens intellectum* (“la fe busca entender”) resumía

su convicción de que la razón no sustituye a la fe, sino que la profundiza y la explica. Entre sus aportaciones destacan el argumento ontológico para la existencia de Dios, donde sostiene que si concebimos a Dios como el ser mayor que todo lo que se puede pensar, necesariamente debe existir en la realidad; su teoría de la satisfacción de la expiación en *Cur Deus Homo*, que explicó la obra de Cristo como la única forma de reparar la deuda causada por el pecado humano al honor de Dios; y el establecimiento de un método teológico racional que sentó las bases de la escolástica posterior. Con ello, Anselmo abrió el camino para una reflexión más sistemática de la fe, influyendo profundamente en el pensamiento cristiano medieval. Tomás de Aquino (1225-1274) fue uno de los más grandes teólogos de la Edad Media y figura central de la escolástica, cuyo aporte principal consistió en integrar la fe y la razón como caminos complementarios hacia la verdad. Siguiendo el método aristotélico, Aquino defendió que la razón humana, correctamente usada, puede comprender aspectos de la realidad natural y de Dios, aunque ciertos misterios divinos solo pueden ser conocidos plenamente a través de la fe. Su obra cumbre, la *Suma Teológica*, buscó sistematizar todo el conocimiento teológico y filosófico de su tiempo, ofreciendo argumentos claros sobre la existencia de Dios, la moral, los sacramentos y la ley divina. Aquino demostró que la filosofía no era enemiga de la teología, sino una herramienta que ayuda a entender y explicar racionalmente lo que la fe enseña, consolidando así la escolástica como método intelectual de la Iglesia. Como señala Justo González, esta síntesis permitió que la Iglesia medieval alcanzara un alto nivel de reflexión teológica y académica, reforzando la idea de que el conocimiento verdadero combina el rigor de la razón con la profundidad de la fe. Las reformas monásticas cluniacense y cisterciense, aunque compartieron el propósito de renovar la vida religiosa en la Edad Media, representaron enfoques distintos dentro del monacato. La **reforma cluniacense**, surgida en el siglo X en la abadía de Cluny, buscó revitalizar la Regla de San Benito mediante una estricta disciplina, pero con un fuerte énfasis en la liturgia solemne, la oración coral y la centralización de la autoridad en el abad de Cluny. Con el tiempo, esta corriente promovió un monacato influyente y refinado, pero también criticado por su acumulación de riquezas y alejamiento del ideal de sencillez. En contraste, la **reforma cisterciense**, impulsada en el siglo XII y asociada a figuras como Bernardo de Claraval, procuró volver a la austeridad original, destacando el trabajo manual, la vida en lugares apartados y una mayor sencillez en la liturgia y arquitectura. Mientras Cluny representó el esplendor y la centralización del monacato medieval, los cistercienses buscaron un retorno más radical a la pobreza y a la espiritualidad sencilla, ambas corrientes reflejando el deseo de la Iglesia de vivir con mayor autenticidad el ideal evangélico.

Pedro Abelardo (1079-1142) fue uno de los pensadores más originales de la Edad Media, conocido por su enfoque crítico y dialéctico en la teología, lo que le permitió plantear preguntas difíciles y buscar respuestas razonadas a problemas doctrinales. Según Justo González, Abelardo desarrolló el método **sicológico y dialéctico**, basado en el planteamiento de cuestiones, análisis de opiniones contradictorias y resolución mediante argumentos lógicos, anticipando así gran parte del espíritu escolástico que se consolidaría más tarde. Entre sus aportaciones destacan su énfasis en la intención moral del pecado y la importancia de la conciencia individual, proponiendo que la culpabilidad depende de la intención y el conocimiento del sujeto, y no solo del acto en sí. Además, Abelardo contribuyó al debate sobre la Trinidad y otros dogmas, mostrando que la fe podía ser comprendida y defendida mediante la razón, sin disminuir su misterio. Su pensamiento influyó profundamente en la teología medieval, generando tanto admiración por su rigor intelectual como polémica por desafiar interpretaciones tradicionales, consolidándolo como un pionero en el desarrollo de la reflexión crítica dentro de la Iglesia.

REFERENCIAS

González, Justo L. *Historia del Cristianismo: Volumen 1. Los Primeros Mil Años*. México: Editorial CLIE, 2003.

REFERENCIAS